





LA SAGA DE LOS
BONAPARTE





Pierre Branda

LA SAGA DE LOS
BONAPARTE

Traducción de Paula Mahler

Branda, Pierre

La saga de los Bonaparte / Pierre Branda. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
El Ateneo, 2018.

496 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Paula Mahler.

ISBN 978-950-02-0986-1

1. Historia de Familias. 2. Historia de Europa. I. Mahler, Paula, trad. II. Título.
CDD 929.2

La saga de los Bonaparte

Título original: *La saga des Bonaparte*

Autor: Pierre Branda

© Perrin, un département d'Édi8, 2018

Traductora: Paula Mahler

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2018

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: noviembre de 2018

ISBN 978-950-02-0986-1

Impreso en Grupo ILHSA S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en noviembre de 2018.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Índice

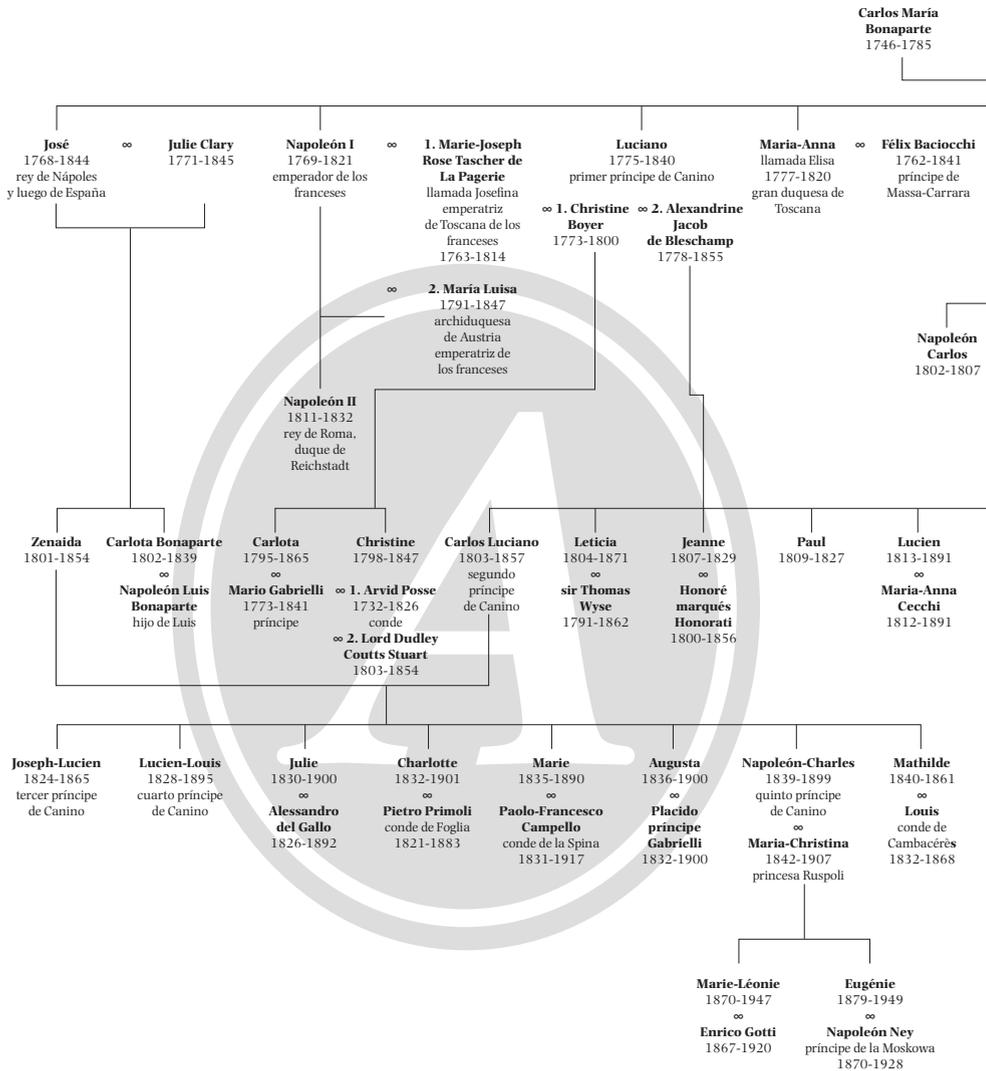
Prefacio	15
Prólogo. Carlos, el ausente	21
1. Napoleón, el tótem	39
2. José, el mesurado	75
3. Luciano, el efímero	101
4. Elisa, la discreta	129
5. Luis, el torturado	149
6. Paulina, la fiel	177
7. Carolina, la bailarina	205
8. Jerónimo, el sobreviviente	235
9. N., el maldito	263
10. Luis Napoleón, el bonapartista	301
11. Matilde, la franca	343
12. Napoleón IV, el último emperador	371
13. Plon-Plon, el príncipe descarado	395
14. Charlie, el incorruptible	425
15. Marie, la neurótica	441
15. Luis, el gaullista	463
Epílogo	489
Agradecimientos	493

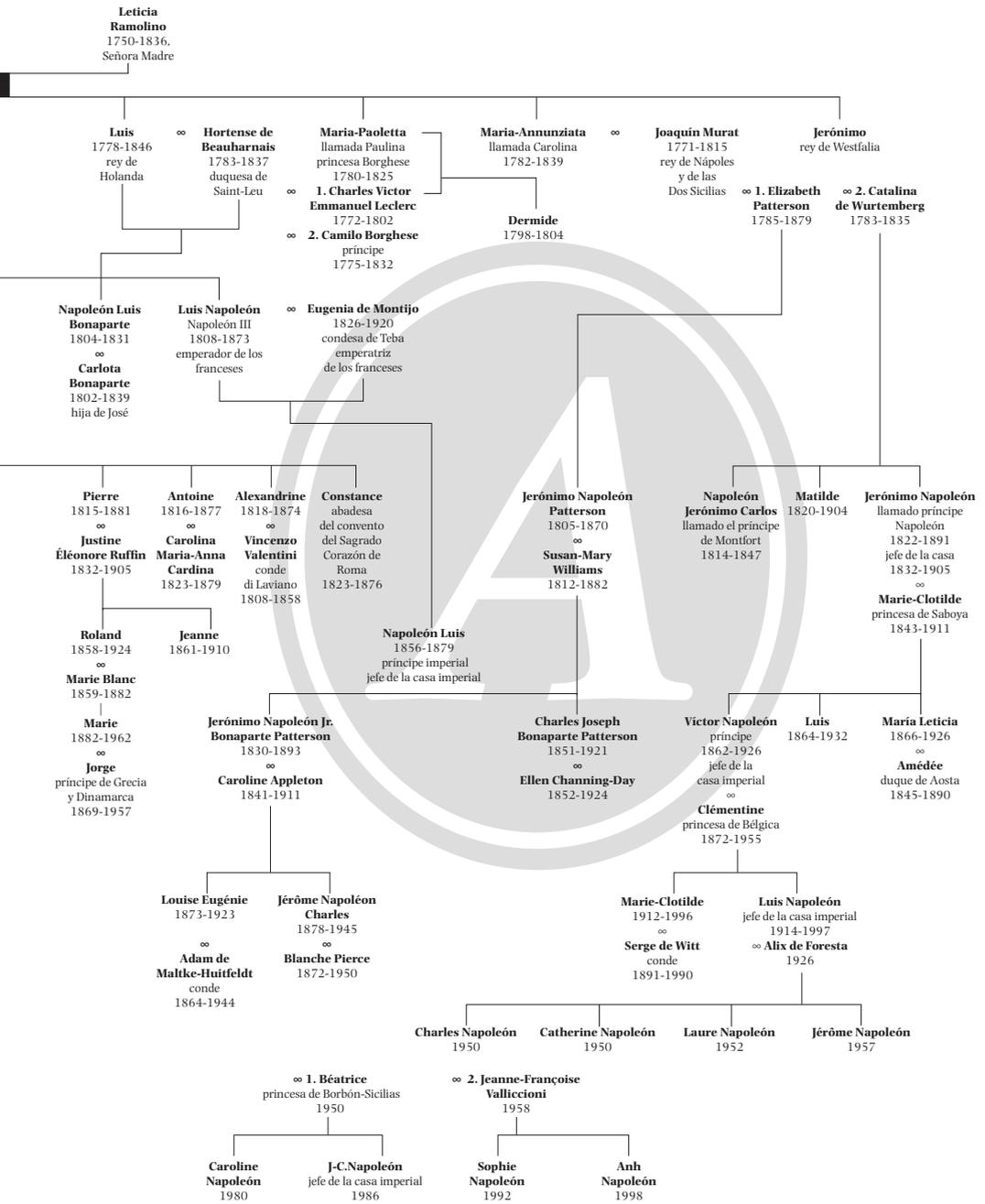


A Pascale Leca, por todos los momentos
que seguimos compartiendo.

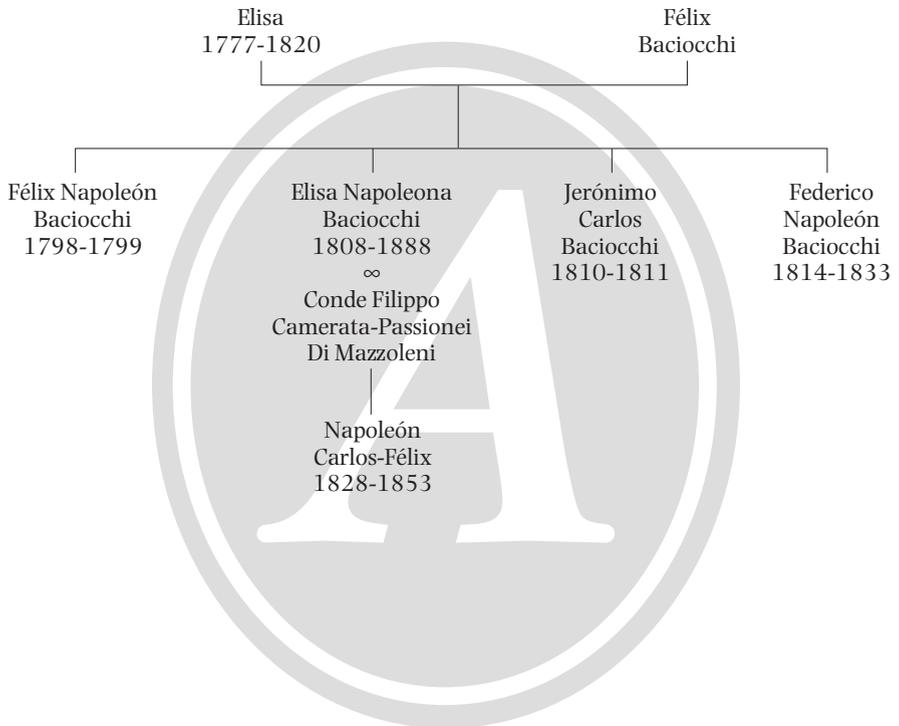


Genealogía





Descendencia de Elisa





Prefacio

Fueron diecisiete. Habrían podido ser más. Entre Luis XVI y de Gaulle, pueblan la historia de Francia. Su saga es eminentemente francesa, pero también italiana, alemana, holandesa, inglesa, española, rusa e, incluso, estadounidense. Pero, cuando se toca este tema, se impone una pregunta: ¿la inmensa estatura del más célebre de ellos no hizo que durante mucho tiempo disminuyera el interés que podía atribuirse a los demás?

Del mismo modo que una tribu importante, los Bonaparte poseen un tótem de buen tamaño, pero demasiado imponente. Este tótem se llama Napoleón I. En comparación con él, los demás miembros del clan parecen liliputienses, empezando por sus hermanos. Cuando el gran Frédéric Masson escribió la historia de los primeros ocho Bonaparte, denominó a su monumental serie (13 volúmenes) *Napoléon et sa famille* [*Napoleón y su familia*]. En suma, él y los demás. Si hubiese sido Walt Disney, la obra del maestro habría podido llevar por título *Napoleón y los siete enanitos*, de tan pequeños que parecen en ese estudio y en tantos otros. En las generaciones siguientes, se destaca un segundo tótem dentro de esta familia. También fue coronado y usaba un bigote finito. Su nombre es conocido: Napoleón III, y su obra fue resplandeciente, pero su leyenda se malogró desde el momento en que Víctor Hugo le endilgó ese apodo arrasador para su memoria: “Napoleón el Pequeño”. En su conjunto, el segundo emperador estuvo muy lejos de igualar al primero. De manera que no resulta para nada asombroso que no haya obras que reúnan a los Bonaparte más famosos.

Sería absurdo discutir el papel central de Napoleón I, pero también lo sería interesarse solo por él. ¿Qué sería de la historia si solo considerara un solo personaje, por más imponente que fuese? Una historia devota, cansadora (porque no contaría con contrapartes), sin perspectivas y absolutamente monolítica. Aislar a Napoleón I de su familia es un error. Sin ella, no habría existido, una obviedad que en su caso es bueno repetir, pero, sin él, esta no podría haber llegado tan alto. Oponer entre sí a los Bonaparte no corresponde, pues forman un todo. Cada uno de ellos brilló a su manera, con sus armas y sus posibilidades. Algunos incluso forzaron su naturaleza para intentar existir, distinguirse y no quedar confinados a la sombra del vencedor de Austerlitz. A veces casi lograron ganar esta apuesta osada; otras, no pudieron hacerlo de ningún modo, pero esto no es lo esencial. La trama de su historia, el nudo de su intriga, es precisamente la búsqueda de reconocimiento que perduró más allá de las generaciones. Un verdadero desafío que obligó a los Bonaparte a progresar, a superarse. Al llevar adelante esta lucha desesperada sin renunciar nunca, se convirtieron, si bien no en grandes, al menos en dignos de estima. Y en ello reside su altura. En sus carreras embriagadoras o desesperantes, hemos intentando otorgarles el mismo lugar a todos nuestros personajes. Hayan sido encantadores o repelentes, rocambolescos o dramáticos, sorprendentes o convencionales, imperiales o miserables, sus historias de vida lo merecían. En las páginas siguientes, el lector podrá descubrir o redescubrir, además de la vida de dos emperadores, la de tres reyes, una reina, dos princesas contestatarias, una musa incomparable, un aguilucho maldito, otro caído en el campo de honor, una amiga de los poetas, una neurótica famosa, un asombroso secretario de Estado estadounidense, un héroe de la Resistencia francesa y, por último, un diputado del Antiguo Régimen. Para estudiarlos, hemos investigado nuevas fuentes y estudios recientes, y, a la vez, refutado muchas leyendas falsas o ideas establecidas a lo largo de los años. Sus trayectorias épicas bastan por sí mismas. No hay necesidad de agregarles fabulaciones.

Si bien nueve nacieron en el siglo de Luis XV, la época que los vio crecer, prosperar, llegar a la cima, fue la de las revoluciones. En el siglo XIX, fueron tan omnipresentes en Francia como en Europa. ¿Hay alguna otra familia que pueda decir lo mismo? Por supuesto que sí, están los Romanov, y también los Windsor, entre los linajes ricos en personajes excepcionales, pero los Bonaparte son de un tipo diferente, pues aparecieron de pronto en la escena de la gran historia antes de eclipsarse para reaparecer de un mejor modo. En relación con otras dinastías, su majestad está ante todo. Es verdad que es hija de la gloria militar y, por lo tanto, aventurera, y de ello proviene una cierta propensión a considerarlos ilegítimos y, a veces, a despreciarlos por su calidad de incorregibles recién llegados. Sin embargo, aun cuando no estaban preparados para reinar, nos asombran con sus ropajes de soberanos. Después de sus caídas, todos conservaron un innegable sentido de majestad del que se sigue un cierto respeto por sus personas. Por lo tanto, a pesar de mil desilusiones, el linaje se impuso por completo dentro de la Europa dinástica. Esta obra se cierra con tres personajes memorables, pero menos conocidos, sin olvidar, en nuestro siglo, al actual representante de la casa Bonaparte.

Pero si solo hubiesen sido aristócratas consumados, esta saga se parecería a las galerías de retratos que a veces observamos en los castillos abandonados, una sucesión impersonal y agotadora de figuras olvidadas. Sin estudiarlas durante mucho tiempo, es sencillo darse cuenta de que todos poseen un determinado relieve, a veces, excesivo. Sus defectos los humanizan y sus paradojas los vuelven complejos y, también, más conmovedores. Todos tuvieron varias vidas; al menos dos; a veces, tres; otras, cuatro. Por turno soberanos o aventureros, avaros o generosos, románticos o patanes, puritanos o sibaritas, trágicos o patéticos, los Bonaparte son excelentes personajes novelescos de los que no habrían renegado Balzac ni Dumas. Como a Rastignac, el emblemático personaje de *La comedia humana*, su devoradora ambición los llevó muy lejos, a veces, demasiado. También

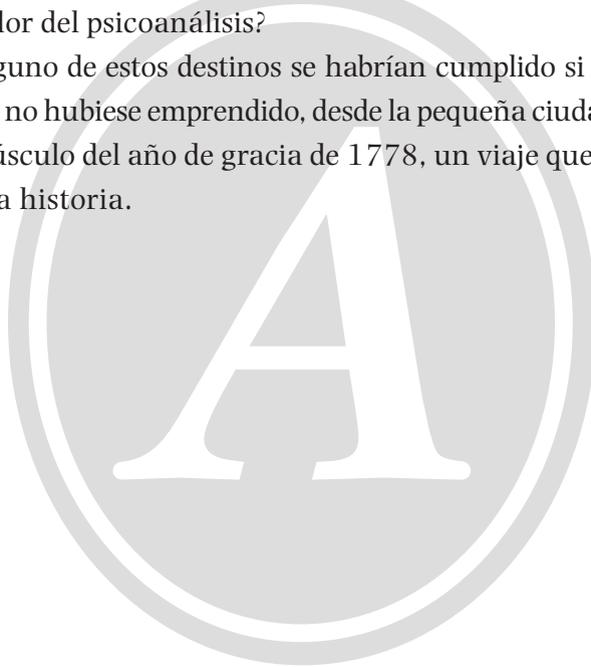
se parecen a Edmond Dantès, sobre todo la segunda generación de los Bonaparte, nacida en el exilio. Si bien no conocieron las celdas húmedas en las que se pudrió el conde de Montecristo, fueron parias, una suerte que consideraron injusta y que dio lugar a su perpetua sed de venganza. ¡Qué magistral regreso a escena el de esta familia, cuando uno de ellos fue triunfalmente elegido presidente de la República Francesa en 1848!

Por otra parte, con los Bonaparte literatura e historia se confunden. La lista incluye poesías de Hugo y prosa de Chateaubriand; sus trayectorias inciertas inspiraron, su apogeo es fascinante y su crepúsculo emociona. Sus ascensos y sus caídas provocan vértigo. Además, ¿acaso el destino contrariado del pobre hijo de Napoleón I es totalmente romántico? El genial autor de *Cyrano de Bergerac* no se equivocó cuando adaptó su vida al teatro con el éxito que conocemos. Y, además, murió demasiado joven como para conocer todo el fin de su historia, el regreso de sus cenizas en 1940. Otro fin trágico, también conmovedor, es el del único hijo de Napoleón III, el príncipe imperial muerto como un héroe.

No es difícil seguir las huellas de los Bonaparte. Por donde hayan pasado, dejaron una gran impronta. Como sabemos, en los reinados de ambos Napoleones, Francia quedó transformada. En Italia, en Carrara o en Pompeya, los hechos de las dos hermanas de Napoleón I, Elisa y Carolina, también fueron destacables. En el centro de Alemania, las reformas del rey Jerónimo siguen siendo citadas como un ejemplo. Y si bien en España el papel del rey José es más discutible, en cambio en Nápoles siguen alabándolo. En Austria, en el palacio de Schönbrunn, visitamos la habitación en la que el Aguilucho vivió sus últimas horas. En África del Sur, al final de un camino perdido, un memorial nos recuerda la desaparición del príncipe imperial al que alcanzó una mortal lanza zulú. En el continente americano también están presentes. Un dato anecdótico: los jóvenes recién casados que, acaramelados, se empapan cerca de las cataratas del Niágara

seguramente ignoran que los probables fundadores de esta tradición hayan sido Jerónimo Bonaparte y su esposa estadounidense. Otro hecho también desconocido y que sorprendería a los amantes de la ficción policial estadounidense es la revelación de que el fundador del FBI. es un Bonaparte, secretario de Estado de Teodoro Roosevelt, que respondía al nombre de Charlie. Más cerca de nosotros todavía, ¿quién recuerda que Freud se salvó de las garras de los nazis en 1938 gracias a la abnegación de Marie Bonaparte, una de las mejores amigas del fundador del psicoanálisis?

Y ninguno de estos destinos se habrían cumplido si un tal Carlos Bonaparte no hubiese emprendido, desde la pequeña ciudad de Ajaccio, en el crepúsculo del año de gracia de 1778, un viaje que cambiaría el curso de la historia.





Prólogo

Carlos, el ausente

El retrato más conocido de Carlos María Bonaparte es la obra del pintor Girodet, realizada veinte años después de su muerte, en 1806. Con traje de cortesano ribeteado en dorado, medias de seda y zapatos lustrados, el padre de Napoleón I parece en su mejor momento. Hay otro retrato conocido, del siglo XIX, en el que también aparece con buen porte, mostrando una amplia sonrisa, pero más demacrado. Aun cuando es evidente que las obras citadas adulan a su modelo, parecen fieles a lo que sabemos de este personaje de buen tamaño y cuidada elegancia. En su brillante traje colorido, no nos cuesta mucho imaginarlo recorriendo a zancadas el palacio de Versalles entre la nobleza empenachada que gravitaba alrededor del astro real.

El 10 de marzo de 1779, recientemente elegido diputado noble de Córcega, Carlos sin duda había hecho realidad uno de sus más caros deseos: ser presentado al rey y mezclarse con la corte más deslumbrante de Europa. Seguramente fue un verdadero momento de gracia en la carrera de este oscuro y dudoso noble. El ceremonial de la presentación ante el rey era al mismo tiempo inmutable y tranquilizador. En cuanto las Asambleas de los Estados generales se ponían de acuerdo para formular sus votos, el monarca recibía a tres de sus representantes, uno por cada estamento, y oía sus pedidos. Para el Estado implicado, obviamente se trataba de un momento crucial. Desde lo alto de su poder absoluto, la obligación del rey era decidir en los diferendos que se hubiesen suscitado dentro de una provincia, enterarse

de sus problemas, aprobar o rechazar lo que las Asambleas le sometían y, muy a menudo, preocuparse por sus deudas. Esencialmente protocolar, la presentación ante el rey duraba poco. Cuando estaba frente a los diputados, el soberano pronunciaba palabras benévolas, antes de que, furtivamente, un empleado apurado se llevara consigo el libro de solicitudes que le presentaban respetuosamente. Pero la brevedad del instante, acceder de ese modo al Olimpo de esa época, seguía siendo un favor buscado.

Cuando a alguien se le abrían las puertas del palacio del Rey Sol, aun cuando estuviese habitado por un pálido sucesor, un escalofrío lo recorría: “No se ha visto nada si no se ha visto la pompa de Versalles”, nos recuerda Chateaubriand.* En 1779, Júpiter reinaba bajo los rasgos de Luis XVI. Con veinticinco años, el que unos años antes había sido un delfín más bien esbelto y elegante se había dejado ganar por la gordura. Su reinado parecía prometedor. Nuevos vientos soplaban desde América y en ese entonces no se hacía otra cosa que hablar del marqués de La Fayette. Apasionado por la caza, el rey vivía en un año pleno, pero su energía para esta actividad contrastaba con su ardor amoroso. El vientre de la reina seguía obstinadamente chato después de nueve años de matrimonio, lo que alimentaba rumores de todo tipo. A pesar de esto, en este ambiente todavía despreocupado, los caballeros de la cámara del rey preparaban para el 10 de marzo la recepción de tres diputados llegados desde una joven provincia de los Estados, Córcega. Después de una lucha política entre el gobernador militar, el conde de Marbeuf, y su segundo, el conde de Narbonne, se habían designado nuevos diputados para la presentación de 1779: el obispo del Nebbio, monseñor Santini, el plebeyo Paul Casabianca y el noble Carlos Bonaparte. Antes de llegar a Versalles, este había logrado que

* François-René de Chateaubriand, *Memorias de ultratumba*, Barcelona, El Acantilado, 2004, t. I.

sus dos hijos mayores ingresaran al colegio real de Autun. El primero se llamaba José y el segundo, Napoleón.

El diputado por el clero, de sotana violeta, el diputado de la nobleza, en traje de color, y el diputado del tercer Estado, en ropa negra de la corte, con la espada al costado, desfilaron con la cabeza en alto por las grandes estancias de Versalles. En medio de formalidades, el alegre Carlos exageraba los gestos de amabilidad. El ministro Montbarrey fue el primero en ingresar en la habitación del rey y se ubicó cerca de este. Lo siguieron los tres diputados, más impresionados que nunca.

Sentado en su sillón, Luis XVI los observaba bonachonamente. Al unísono, los tres corsos se inclinaron para hacer una primera reverencia a la que el rey respondió alzando el sombrero. Apenas tuvieron tiempo para reconocer a algunos personajes importantes de la corte, que debieron avanzar dos pasos y hacer una segunda reverencia. En la pieza casi repleta, el ballet reglado de los tres hombres se ejecutaba en la más perfecta indiferencia, puesto que las genuflexiones eran moneda corriente en Versalles. El diputado del clero inició una arenga cortés; a su izquierda, el diputado del tercer Estado, arrodillado, tenía en su mano los pedidos, en tanto que, a su derecha, el diputado de la nobleza seguía parado, silencioso y respetuoso. En cuanto el hombre de la Iglesia hubo terminado su amable discurso, Luis XVI dijo algunas palabras. Con un tono convencional, prometió a la provincia de Córcega su absoluta protección y su vigilancia constante. Después de las augustas palabras, el diputado del clero presentó el resumen al rey, que inmediatamente se lo entregó al ministro Montbarrey. Con un gesto elegante, el caballero de la cámara indicó a los tres diputados que había llegado el momento de retirarse. Haciendo reverencias y con los sombreros dando vueltas en el aire, se retiraron respetuosamente y en silencio. Con un último movimiento en dirección del suelo de los tres diputados terminó la breve ceremonia, tal como podemos reconstruirla ahora, y la pesada puerta de la habitación del rey se cerró detrás de ellos.

Asombroso momento este fugaz y único encuentro entre el último representante de una monarquía absoluta y el progenitor tan improbable de una nueva dinastía. Ambos en la flor de la vida, parecían tener un excelente futuro por delante. Solo diez años después de este encuentro, el astro real palidecería antes de desaparecer a manos de la Revolución. Y en cuanto a Carlos, seis años después de haber alcanzado Versalles, se lo llevó una enfermedad. Ninguno llegó a los cuarenta años.

Frecuentemente relegado a segundo plano, apenas se habla del diputado de la nobleza corsa en la historia de sus gloriosos descendientes. Pero sus elecciones e intuiciones fueron decisivas para su familia. Al ingresar en ese frío día de marzo de 1779 en un palacio que vería reinar primero a su hijo y luego a su nieto, entreabrió una puerta que nunca volvería a cerrarse. A pesar de ello, de su estadía en Versalles la historia solo retuvo una frase irrisoria sacada de su libro de contabilidad: “Volví sin un peso”. Esta frase sibilina, un poco a la manera del famoso “nada” garabateado por Luis XVI en su cuaderno de caza el 14 de julio de 1789, le ha quitado relevancia a Carlos Bonaparte desde hace demasiado tiempo. Como recalca el dicho, el que está ausente lleva todas las de perder.

LOS PRIMEROS BONAPARTE

Durante largo tiempo nos hemos perdido en conjeturas sobre el origen de los Bonaparte, como si a todo precio hubiese que identificar el gen que dio nacimiento al nuevo César. En innumerables árboles genealógicos se los hace remontar hasta los emperadores bizantinos, como si fuese necesario que corriera sangre real por las venas de esta nueva estirpe. Dejemos de lado toda superchería halagüeña y demos lugar a una génesis menos resplandeciente, pero más auténtica. En el linde del Renacimiento encontramos huellas de los primeros

Bonaparte –o, mejor dicho, Buonaparte (el apellido recién se afrancesará en 1795)– en Sarzane o Sarzana, pequeña ciudad a las puertas de Toscana. A excepción de algunos registros parroquiales, estos oscuros potentados locales no se hicieron notar demasiado. En la parte de Italia en la que, según parece, crecían con prudencia, el poder dominante era la República de Génova, cuyo imperio marítimo en ese entonces se extendía hasta el mar Negro.

El primer Bonaparte que fue a Córcega se llamaba Giovanni. Estaba al servicio del dux genovés en Calvi desde 1483 y luego fue designado para construir el recinto fortificado de la nueva ciudad de Bastia. Su hijo, Francisco le Basané, al que también llamaban “*il mauro di Sarzana*”, fue el primero en residir de manera permanente en la isla de la Belleza.

“Soldado de a caballo y mercenario al servicio de Génova por 12 libras mensuales”, este hombre de armas se instaló en 1529 en Ajaccio, pequeño poblado de 500 habitantes donde murió muy probablemente en 1540. La ciudad era en ese entonces una cárcel, es decir, una especie de enclave genovés dentro de un territorio insular que conservaba una autonomía real. Para la república ligur, Córcega no era seductora desde el punto de vista económico; lo único verdaderamente interesante que tenía era su posición estratégica en el Mediterráneo. En las antípodas de un colonialismo fanático, los genoveses se contentaban con cobrar un impuesto y gestionar el orden, y no contribuyeron demasiado al desarrollo de la isla porque no querían gastar sumas exageradas en ello. Esta administración distante quizás haya permitido algunas libertades a la familia Bonaparte.

El sexto antepasado de Carlos, Geronimo, sobresalió en la historia local. Personaje muy importante de la ciudad, llegó a ser “diputado de Ajaccio ante el Senado de la República de Génova” en 1595 y 1597. Es más, su amplia casa era una de las más envidiadas de la joven ciudad. Su hijo Francesco fue notario, abogado y capitán del ejército. Prueba del ascenso social de los Buonaparte, realizó un buen matrimonio con

una “Bonifaciana de alto rango”. Su heredero, Carlo Maria, también contrajo matrimonio con un excelente partido, una Odone, el 10 de junio de 1657, y uno de sus hijos, Sebastiano, siguió incrementando sensiblemente el patrimonio familiar, al igual que su descendiente, Giuseppe Maria, que se casó con una muchacha Bozzi, descendiente de los señores feudales del mismo nombre. Entre los siglos XVI y XVIII los Buonaparte poseyeron constantemente un escaño en el Consejo de los Ancianos de la ciudad, compuesto por seis miembros. Aunque parecían privilegiados, no nadaban en oro. Y su ciudad, que en los siglos XVI y XVII no tenía más que tres mil almas, tampoco se bañaba en la opulencia, puesto que la agricultura que rodeaba la ciudad era miserable. Si bien a partir de 1618 finalizaron los conflictos entre los colonos genoveses y los nativos, ambas comunidades vivían en una obstinada separación.

Los miembros de la comunidad ajacciana no tenían derecho de propiedad más que sobre un perímetro limitado alrededor de su ciudad, al que llamaban *circolo* y que, sin embargo, no era posible cercar para permitir que las manadas que venían de las montañas comieran pasturas frescas allí. Cuando al antepasado Geronimo se le ocurrió plantar estacas de madera, en la noche del 15 de julio de 1597, enseguida le tiraron abajo su modesta cerca, robaron en su casa y mataron sus animales. De manera que era difícil prosperar fuera de los muros protectores de la ciudad. Únicamente las alianzas con otras familias permitían mejorar sensiblemente lo que se poseía, cuando la dote de la casadera incluía un molino, un viñedo o un rebaño. No obstante, lo que se adquiría por un lado podía perderse por el otro, cuando, a su vez, había que casar a las hijas. A la sombra de las altas fortificaciones de la ciudad, la familia Buonaparte vivía en un confort material miserable, con siete u ocho personas confinadas en menos de cuarenta metros cuadrados.

¿Pueden ser considerados verdaderos corsos los Buonaparte, encerrados entre las cuatro paredes de su ciudad genovesa? Algunos

ponen esto en duda. En nuestras sociedades corroídas por el comunitarismo, se ha vuelto corriente disertar sobre los orígenes de unos y otros, a veces con una buena dosis de mala fe. Antes de la Revolución francesa, este tipo de interrogante no preocupaba a nadie e, incluso, hasta el nacimiento de la “nación corsa” en el siglo XVIII, la cuestión de la nacionalidad permaneció como algo secundario. Se consideraba que toda familia que vivía en la isla con la intención de quedarse allí y prosperar era isleña. Según esta vara, no es posible cuestionar la calidad de corsos de los Buonaparte. A pesar de que había sido fundada recientemente (1492), la ciudad se insertó a la perfección en el paisaje corso y fue liberándose de la tutela genovesa. Al mismo tiempo, es evidente la voluntad de arraigarse de los Buonaparte. Con el nacimiento de Carlos, no menos de ocho generaciones se sucedieron bajo el sol de Ajaccio y parece que ningún miembro de la familia pensó en abandonar la isla a pesar de su ascendencia toscana. Después del casamiento de patriarca Giuseppe Maria con una Bozzi a fines del siglo XVII, la familia recuperó un poco de bienestar. Su hijo Nicola, llamado *il magnifico*, se casó con Maria-Anna Tusoli en 1708 y de esta unión nacieron tres varones: el padre de Carlos, Giuseppe Maria, Napoleone y Luciano. Su juventud estuvo marcada por la irremediable declinación de la dominación genovesa. Como frecuentemente en Córcega, todo empezó con un levantamiento en contra de un impuesto. Parece que en 1729 un anciano se negó a pagar los ocho denarios suplementarios que le reclamaban y esto hizo que ardiera el fuego. Poco a poco, la oposición se convirtió en revuelta y, luego, en revolución. A partir de ese momento, la presencia de los genoveses se vio amenazada y se desencadenó la violencia. Entre luchas de clanes e intervenciones extranjeras, la isla fue cayendo en la anarquía, aun cuando Génova pudo conservar algunas ciudades costeras, entre ellas, Ajaccio.

Para intentar retomar el control de la isla, los genoveses solicitaron ayuda al rey de Francia, quien despachó una expedición militar

en 1749, al mando del marqués de Cursay. Enceguecido por su éxito, el imprudente marqués sintió que tomaba vuelo y administró su conquista sin tomar en cuenta a sus aliados genoveses. En una consulta realizada en Corti, algunos representantes se pronunciaron a favor de la monarquía francesa, entre ellos, el de Ajaccio, Giuseppe Maria Buonaparte, quien inició en ese momento su breve idilio con los franceses. Un mes después de la consulta, recibió al marqués con una alfombra roja en su exultante ciudad, en compañía de su cuñado, Paravicini, quien, además, era cónsul de Francia. En 1750, los hombres de Luis XV designaron a su hermano Napoleone comisario de rutas en la región de Vicolais. Si la influencia francesa permanecía, los Buonaparte estaban muy bien ubicados como para sacar frutos, pero el marqués de Cursay quedó rápidamente desaprobado y Francia se retiró provisoriamente del juego. Una mala jugada, pues, para nuestra familia.

Al mismo tiempo, del tumulto surgió un hombre carismático y con una manifiesta habilidad, Pascal Paoli. Considerado el padre de la “nación corsa”, fue su general en jefe y en 1755 dictó una Constitución admirada por Rousseau. Si bien contenía algunos principios novedosos, le confiaba los plenos poderes al que aparecía como el nuevo hombre fuerte de la isla. Los hermanos Bonaparte, que seguían explotando inteligentemente sus tierras en Ajaccio, al igual que sus antepasados, ocuparon bancas en el Consejo de los Ancianos entre 1750 y 1760. Sin embargo, se dibujaba una nueva ambición. Después de dos siglos de inmovilidad bajo la cómoda férula genovesa, los Buonaparte poco a poco empezaron a salir de las murallas de su ciudad. Recordando oportunamente sus raíces toscanas, Giuseppe Maria le pidió al gran duque el reconocimiento de sus cartas de nobleza y su patriarcado. Para obtenerlo, multiplicó las súplicas ante un canónigo denominado Filippo Buonaparte. Cansado de las insistentes demandas de su supuesto pariente, este certificó con una pluma fatigada que existía algún parentesco entre los Buonaparte de Sarzana, parientes

lejanos de Giuseppe Maria, y los Buonaparte de Florencia o de San Miniato, quienes sin duda eran nobles, aun cuando entre ambas familias no existía otra cosa que homonimia. Este grueso error permitió luego que Giuseppe Maria obtuviera en 1759 el valioso reconocimiento que codiciaba y que permitiría que su hijo reivindicara algunos años más tarde su pertenencia al segundo Estado francés.

EL HEREDERO DEL CLAN

Carlos, que llegó al mundo el 29 de marzo de 1746, era el tercer hijo de Giuseppe. Lamentablemente no sabemos nada de su infancia, salvo esa corta autobiografía que escribió en 1780: “Instruido hasta los doce años por los jesuitas, presentes en ese momento, demostré una gran inclinación por la poesía”. Un poco después confesaba que “el dios del Amor” lo puso en los brazos de una joven Forcioli, cuyo recuerdo fue siempre agradable para esta alma soñadora. Pero su padre y sus tíos habían decidido otro partido para él, Leticia Ramolino, con una buena dote y apetitosa belleza. La “mano fuerte” de sus tíos convenció fácilmente a Carlos, que aceptó más tarde que “había evitado un casamiento que habría hecho desgraciada mi vida e impedido la fortuna de nuestra familia”. Los hermanos Buonaparte estaban sumamente atentos, sobre todo porque las esperanzas del clan estaban depositadas en los hombros del coqueto joven. El tío don Luciano, un cura, no podía tener hijos; el tío Napoleone solo tenía una hija y el primer hijo de Giuseppe Maria, Sebastiano, había fallecido a los diecisiete años. En cuanto a su padre, expiró en 1763, a los cincuenta y seis años.

Con Leticia se firmó un contrato nupcial el 1º de junio de 1764, al que debía seguirle una ceremonia religiosa, aunque no sabemos si tuvo lugar. En todo caso, el matrimonio se consumó rápidamente, puesto que el vientre de la joven esposa empezó a crecer en los

primeros meses de esta unión de conveniencia. Mientras transcurría el primer embarazo de Leticia, el impetuoso Carlos abandonó el hogar para emprender un viaje de estudios a Roma, que alimenta una polémica desde hace dos siglos. Según dos documentos de la época, el vivaracho estudiante habría embarazado a la hija de una familia romana distinguida, lo que habría provocado que se fuera precipitadamente de la Ciudad Eterna para huir del escándalo. ¿Fantasía o realidad? No lo sabemos. En todo caso, estaba a punto de nacer una mala reputación, de la que Carlos no podría deshacerse nunca.

En noviembre de 1765 el heredero de los Bonaparte volvió a Córcega para unirse a Paoli y proseguir sus estudios en Corti, en ese momento la capital insular. Se inscribió en la Universidad de Corti, que acababa de abrir sus puertas, donde se distinguió y tuvo el honor de ver cómo se publicaban sus primeros textos académicos. Poco a poco se ganó la confianza del jefe corso y fue admitido dentro del círculo estrecho de sus secretarios, un título más bien honorífico, que no implicaba una real actividad. Parece ser que Carlos y Leticia sobresalían cuando se trataba de apariencias. Elegante y seductora, la pareja brillaba en sociedad y su fidelidad a Paoli ya no planteaba dudas. Uno de los espías de Marbeuf en Ajaccio tenía sus preocupaciones, no obstante: “En esta ciudad hay gente que le escribe al general Paoli y sospecho especialmente del señor Buonaparte, hermano de la señora la Consulesse, establecido en Corti con su mujer y que solo está aquí como espía”. En 1767, el control del general en Córcega parecía indudable y casi sin oposición. Solo algunas guarniciones, como la de Ajaccio, no estaban todavía bajo su autoridad, pues seguían ocupadas por las tropas del rey de Francia desde el tratado de Compiègne de 1756. Sin embargo, la presencia francesa parecía declinar e, incluso, a punto de finalizar, lo que hacía que Paoli controlara totalmente la isla, al menos por un breve plazo.

El tío Napoleone pertenecía al entorno directo de Paoli, en tanto que, separada de Paravicini, la hermana de Carlos, Gertrude, también

se instaló en Corti, dentro de la sólida residencia del primo Arrighi, en la que los Buonaparte habían fijado su domicilio. Hasta el austero Luciano pensó en un momento en mostrarse al lado del que prometía bienestar y protección a todos. Pero mientras nuestra familia estaba bien en la corte, al lado de Paoli, un drama familiar ensombreció su cielo sereno. El 17 de agosto de 1767 el tío Napoleone desapareció brutalmente. En sus breves memorias, Carlos no dice nada sobre esta muerte que sin dudas lo afectó, pues para rendirle homenaje sus dos primeros hijos llevaron su nombre. Menos de cuatro meses después de la desaparición de “Monsieur Napoleone”, como lo llamaba Paoli, nació el primer hijo de Carlos y Leticia, Giuseppe Nabalione —o José Napoleón—, el 7 de enero de 1768, en la casa Arrighi.

En la primavera siguiente, José apenas balbuceaba cuando su ciudad entró en efervescencia. Insistentes ruidos de botas anunciaban una guerra próxima contra Francia. Ya hacía algunos años que la monarquía francesa intrigaba para que Córcega volviera a sus arcas. De incursiones en ocupaciones, la presencia de las tropas reales ya se había vuelto algo acostumbrado para los isleños. Como había perdido toda influencia, Génova finalmente cedió la isla a Francia el 15 de mayo de 1768, según lo establecido en el Tratado de Versalles, pero todavía había que someter a Paoli y los suyos para lograr que Córcega se convirtiera en tierra francesa. En el campo del general corso, la cesión a Francia sembró la consternación. En una consulta, sus partidarios llamaron a la resistencia armada, pero esta vez tendrían que enfrentarse al primer ejército de Europa. Por supuesto que Carlos también se pronunció a favor de la guerra, pero no desempeñó una función de primer plano, como la que tendría luego su hijo Napoleón. Sabemos que participó en las tropas paolistas, puesto que aparece en las listas de voluntarios, pero sin que conozcamos realmente qué lugar que ocupó. Dado que dominaba mejor la pluma que la espada, es muy verosímil que, al igual que su jefe, haya permanecido alejado de los combates.

Con las primeras hostilidades, las posiciones corsas quedaron amenazadas. El 17 de septiembre de 1768, la victoria paolista en Borgo reanimó un poco los espíritus. Con cerca de 800 prisioneros y 20 cañones tomados al enemigo, el contrataque corso sembró dudas en las filas del ejército real. El año siguiente, bajo el mando del conde de Vaulx, 22.000 soldados marcharon sobre Corti. Los inicios de la ofensiva ya habían dejado sin posibilidades a los partidarios de Paoli. Para limitar el avance imposible de resistir de los franceses e impedirles tomar su capital, cerca de 5000 corsos atacaron Ponte Novo, exitosamente al principio, según parece, antes de retroceder. ¿Repliegue estratégico o primer desbande? Todavía se sigue discutiendo al respecto. Sea como fuere, la confusión entre los paolistas se volvió de pronto un drama cuando mercenarios descargaron sus mosquetones sobre ellos. Entre dos fuegos, el de sus “aliados” y el de los franceses, la jornada fue desastrosa y tocó a su fin la efímera nación corsa. En algunos días, de una punta a la otra de la isla, todo el mundo se plegó al rey Luis XV. Incluso los más cercanos subordinados a Paoli cedieron ante las sirenas francesas.

Este abandono casi unánime apenó a Carlos, quien confió lo siguiente: “Para nuestra vergüenza, tengo que decir que, hacia el fin de la lucha, los que más se habían beneficiado con él lo abandonaron”. Sin embargo, con hábil escritura, agregó estas palabras: “Pero yo permanecí fiel y leal hasta el último momento. Si lo hubiese necesitado, lo habría seguido a tierra firme, pero no me lo permitió y me obligó a volver a Corti, buscar a mi familia y llevarla a Ajaccio, y someterme al yugo del vencedor”. Si bien fue uno de los pocos que se quedó cerca de Paoli hasta su partida a Italia, nuestra “víctima del yugo francés” rápidamente cayó en los brazos de los vencedores. Después de una dominación que de ningún modo había permitido el auge de la isla, Francia ofrecía perspectivas serias de desarrollo y, al mismo tiempo, permitiría que Córcega conservara cierta autonomía. Para el ambicioso Carlos, pertenecer a la nueva justicia, ir tras los subsidios que ofrecía el rey

u obtener su carta de nobleza eran oportunidades que no podía dejar de aprovechar. Después de haberle dicho adiós a Paoli, se encaminó con dificultades por la montaña corsa con su mujer encinta antes de regresar a Ajaccio con apariencia de derrotado y los bolsillos vacíos. La pareja volvió a la casa familiar, donde todavía vivía el tío Luciano, a fin de julio o comienzos de agosto de 1769. Leticia apenas tuvo tiempo para recuperarse del cansancio del viaje cuando, en la misa del 15 de agosto sintió los primeros dolores de parto de su segundo hijo, Napoleone. Mientras la familia crecía, Carlos estudiaba con ahínco el derecho francés, antes de inscribirse en los registros del tribunal de Ajaccio como abogado del fiscal, el 20 de septiembre. Siempre financiado por el tío Luciano, luego se dirigió a Pisa, a fin de obtener un doctorado en derecho. Con este primer éxito, fue un concurrente asiduo del tribunal: estuvo presente en 98 audiencias de 184. Primero ayudante y luego adjunto del fiscal, *il dottore* era un acusador celoso y temible. Por ejemplo, pidió la prisión de por vida para una pareja ilegítima a la que habían acusado de un crimen menor. Después de haber pasado dos años combatiendo el crimen, pasó a ser juez letrado. Sin duda, el éxito se perfilaba para este ex estudiante de Corti.

UNA AMBICIÓN QUE NO DURÓ MUCHO

Como lo había hecho con Paoli, el afable Carlos tuvo éxito al acercarse a los poderosos del momento y, sobre todo, al comandante militar de la isla, el conde de Marbeuf. Los dos hombres se hicieron amigos y el conde nunca se negó a ayudar a los Buonaparte; dio que hablar e, incluso, sospechar que Leticia cometía adulterio con el comandante francés. Los ataques se duplicaron cuando Carlos logró que reconocieran sus cartas de nobleza. Para integrar mejor a sus nuevos súbditos, el rey ofreció el prestigio de la nobleza a algunos de ellos. Gracias a los dudosos certificados obtenidos en su momento

por Giuseppe Maria, la familia fue la cuarta de la isla en obtener la nobleza el 13 de septiembre de 1771. Al obtener la partícula “de”, todo se volvía posible. Los Buonaparte podían no solo postularse a empleos y pensiones reservados al segundo Estado, sino que veían cómo su posición social se elevaba como nunca y en el momento preciso. Su nobleza fue reconocida justo a tiempo como para que pudiera presentarse en la elección de los representantes del segundo Estado en la Asamblea de Estados de Córcega al año siguiente.

Aun cuando se trataba de una asamblea puramente consultiva, poder contar con una banca en ella era un honor muy apetecido, que Carlos había ganado por intercesión de Marbeuf, quien había anulado la elección en la que el auténtico vencedor fue un tal Fozzani. El odio de los partidarios de este por Carlos no podía ser más fuerte. No solo eso, sino que, para concurrir a la Asamblea de los Estados que sesionó en Bastia, el recientemente electo viajó como un príncipe en el séquito del intendente de la isla, Colla de Pradines, al que también había logrado seducir. En la Asamblea fue designado dentro del comité que deliberaría sobre impuestos, un tema sensible, si los hay. Luego lo llamaron a integrar el grupo de los “Doce Nobles”, encargado de aconsejar a los comisarios del rey hasta la siguiente sesión. En 1773, fue fácilmente reelegido, pero dos años más tarde no volvió a pedir a sus pares el sufragio, porque su protector, Marbeuf, se había ido. Su regreso hizo que en 1777 Carlos fuese nuevamente elegido en la Asamblea, con el apoyo de la familia Pozzo di Borgo. Si bien es verdad que ganó gracias a su protector, sería reduccionista considerarlo un incondicional. Para haberse impuesto como lo hizo, no podía carecer totalmente de sentido político. Determinado pero hábil, este ambicioso afable evitaba sin duda enojar exageradamente las susceptibilidades insulares.

Sin embargo, su segundo triunfo político provocó un complot contra él y su familia. Se decía que Leticia estaba encaprichada con el conde bretón y que su esposo la había ofrecido a modo de tributo.

Este rumor se sigue manteniendo desde hace dos siglos, e incluso llegó a poner en cuestión la paternidad de varios de los hijos de Carlos. Así como no hay ninguna tesis seria que pueda sostenerse en relación con la ascendencia de Napoleón, en cambio, el caso de Luis, quinto hijo de la pareja, sigue siendo objeto de debate. Cuando Carlos se ausentó de Córcega para llevar a sus dos hijos al continente a visitar Versalles, precisamente en 1778, el año del nacimiento de Luis, dejó a Leticia en la casa de Marbeuf, en Bastia. Pero esa estadía comenzó en diciembre, y Luis había nacido en septiembre. Dos escritos de la época, uno de un secretario del intendente, el conde Colchen, y el otro de un capitán del regimiento provisional corso, Ristori, no obstante, dan cuenta claramente de que existía una relación entre la linda Leticia y el conde de Marbeuf, quien, ya bien pasados los sesenta años, seguía siendo un incorregible aficionado al bello sexo. Pero eran testimonios escritos por partidarios de Narbonne en el momento más arduo de la lucha entre Marbeuf y su jefe, así que no es descabellado pensar que hayan querido ensuciar a uno de los apoyos más activos de su adversario.

En definitiva, esta historia de alcoba se parece más a una novela de poca monta que hizo que el fiel de la balanza de los enemigos se inclinara por el rencor tenaz. De este modo, sin tener que pagar otro precio que el de la devoción más sincera, Carlos fortaleció su alianza con el hombre fuerte de la isla. Este, por otra parte, hizo todo lo necesario para que su protegido representara a Córcega en Versalles.

Al margen de su admisión en el Olimpo de su tiempo, el diputado Bonaparte se quedó durante dos meses en París, sobre todo para gestionar varios asuntos personales, especialmente financieros. Pero hubo cosas más importantes todavía durante este periplo. Cuando se había hecho a la mar el 15 de diciembre de 1778, había llevado consigo a sus dos hijos mayores, José y Napoleón, para que los admitieran en las escuelas reales. En el camino, los dejó en el colegio de Autun. En cuanto llegó a París, se enteró con alegría de la confirmación de

la admisión de Napoleón en la escuela de Brienne. Es más, el joven alumno había recibido una beca gracias al certificado de indigencia que había obtenido el padre. Aun cuando las finanzas del matrimonio a veces eran delicadas, el diputado había exagerado mucho sus carencias a fin de cosechar esta ventaja con los mismos engaños que había utilizado cuando actuó para que reconocieran su condición de noble. Se instalaba una tradición de falsedades. Para los Bonaparte, falsificar nunca constituyó un problema, sino una solución.

Si bien Carlos no era un indigente, la fortuna no le sonreía todavía. En su búsqueda de dinero, no dio marcha atrás ante nada para aumentar su patrimonio. Pleitista emérito, el diputado elegante intentó, juicio tras juicio, hacer valer sus derechos y, a veces, ir aún más allá. Varios años después de su casamiento, seguía persiguiendo a su familia política por no haber entregado la totalidad de la dote. Después de un largo juicio, ganó la causa a expensas del abuelo de su mujer. Uno de sus hijos, Napoleón, mantuvo la lección paterna: una de sus primas fue condenada a pagarle un traje que ella había ensuciado “imprudentemente” al vaciar su orinal por la ventana. Pero su obstinación terminó por dar frutos: la familia empezó a vivir en una situación muy cómoda en una “casa Bonaparte” a la que embellecieron con obras recientes, con su servicio y dos o tres ayudantes, una mucama, una niñera y una cocinera.

La notable integración de Carlos a la sociedad francesa del Antiguo Régimen hizo que concibiera algunos proyectos demasiado ambiciosos. Sus envidiables ingresos (1200 libras provenientes de su cargo y entre 6000 y 7000 libras originadas en la explotación de los viñedos familiares) no podían enriquecerlo realmente. De modo que acarició la loca esperanza de hacer que una tierra pantanosa, las Salinas, se volviera próspera mediante el secado, primero, y luego, cultivando moras. Con el apoyo de Marbeuf, obtuvo ayuda financiera en el marco de un programa que había instaurado el Estado para que Córcega desarrollara la industria de la seda. En línea recta con el

pensamiento fisiócrata, en ese momento se creía posible una “regeneración” completa de la isla gracias a la valorización de sus tierras. Pero para nuestro ambicioso, el gran proyecto se convirtió en una pesadilla cotidiana. Vinieron inundaciones tras inundaciones que comprometían el crecimiento de los árboles de moras, cuando no pasaba que se pudrían en el lugar. Este proyecto, “ruina de los Bonaparte”, estaba desde el inicio destinado al fracaso. Ninguna plantación de este tipo perduró en Córcega, y todos los proyectos fracasaron uno tras otro.

Poco a poco, las esperanzas nacidas después de la anexión francesa tanto entre los isleños como entre los continentales se dieron contra la pared. En la isla se consideraba que se habían distribuido muy pocos empleos a los corsos, en tanto que en París las cuentas decepcionantes de la anexión (aberrantes para algunos) planteaban problemas incluso en los ministerios. En efecto, Córcega era demasiado costosa para el erario público y daba pocas ganancias, justo cuando la monarquía francesa tenía problemas para contener una crisis económica que la amenazaba directamente. Además, quedó demostrado que la prometida “regeneración” era un fracaso patente.

En este contexto, el ascenso de Carlos sólo podía interrumpirse. No obstante, aun cuando había apostado más de lo que tenía en la empresa de las Salinas, contaba con recuperarse, pero el cansancio le marcaba los rasgos y adelgazaba sin parar. Sufría atrocemente del estómago. En 1782 realizó un viaje terapéutico con Leticia a una de las estaciones termales más conocidas, las de Bourbonne-les-Bains. La pareja, elegante y siempre a lo grande, seguía atrayendo todas las miradas. Cuando luego visitaron a sus dos hijos en las escuelas, uno de los compañeros de José señaló que Carlos era “soberbio” y destacó el “porte romano” de Leticia. Pero era el canto del cisne del diputado de Ajaccio. Al regresar a Córcega, aumentaron los dolores. Al malestar económico se agregó un lento deterioro físico. A pesar de su enfermedad, volvió a irse de viaje en 1784 para acompañar a su hija mayor,

Elisa, que acababa de ser admitida en la casa real de Saint-Louis, en Saint-Cyr. Después de haber intentado en vano litigar por su caso en París, en relación con el negocio de las Salinas, volvió a Córcega con José. Los médicos parecían impotentes y él se encontraba cada vez peor. Sus intensos vómitos lo agotaban. El 15 de noviembre tuvo su última alegría: Leticia dio a luz al último hijo, Jerónimo. En Año Nuevo, este padre satisfecho emprendió su tercer viaje al continente en menos de un año. Durante la travesía, Eolo hizo de las suyas y Carlos sufrió el martirio incesante de un mar embravecido; llegó con mal aspecto y la piel cerosa, y caminó con dificultades hacia Montpellier, famosa en toda Europa por sus médicos. Pero ya nadie podía hacer nada por él; un tumor crecía en su estómago a tal punto que le impedía alimentarse correctamente.

Agotado y anémico, Carlos entró en una lenta agonía, antes de morir el 24 de febrero de 1785 a los treinta y nueve años. Dejaba a ocho hijos, ninguno de los cuales había entrado en la adultez todavía. La tarea de criarlos se veía dura para Leticia, aun cuando el tío Luciano y su valiosa fortuna personal iban a evitar que cayera en la pobreza.